



CENCERRADA 7.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
PACIENCIA, 3.

A la prensa Cordobesa.

EL CENCERRO dá las gracias á los Periódicos de la capital por las afectuosas expresiones que les ha merecido en su reaparicion.

Tambien las dá al *Sufragio univ-ersal* por el *no pedido* consejo con que le favorece. Deseuide el novel periódico, y no olvide que EL CENCERRO sabe lo que se debe á sí mismo, á la sociedad, y á los demás periódicos.

A nuestros lectores.

Hermanos: os doy las gracias por el

interés con que habeis recibido á vuestro antiguo amigo EL CENCERRO. Téngo resuelto no publicarme por susericion, por ahora, sino andarme tirado por esas calles de Dios, como los perros. Pero en vista de que sois muchos los que os habeis tomado la molestia de acudir á casa imprenta de mi *papá político* Don Rafael Arroyo con objeto de suscribiros, he tenido por conveniente acceder á vuestro ruego, transigiendo el asunto del modo siguiente:—Aquellos de mis lectores que deseen recibir EL CENCERRO á domicilio, se servirán dejar las señas de sus casas en la imprenta de dicho

Sr. Arroyo, y se les complacerá, sin mas obligacion para ellos que la de pagar cada número al recibirlo, y al mismo precio que se expende por las calles.

—Liberto.

—¿Qué tiene V. que mandarme, nostramo?

—Siéntate y escucha. Se aproxima uno de los acontecimientos mas grandes que pueden ocurrir á un ciudadano español.

—Qué, señor, ¿llegaron ya los cinco mil duros y las cuatro fanegas....

—¡Qué fanegas, ni fanegas! Eso es un sueño que no llegará nunca. Lo que ha llegado es el momento en que todo ciudadano debe acudir á las urnas electorales para depositar su voto.

—Y dígame V., nostramo, ¿cuánto voy ganando?

—Lo que ganamos todos. La satisfaccien de haber contribuido con tu óbolo á la eleccion de los hombres mas idóneos y mas aptos para que representen y administren di namente los intereses locales, provinciales y nacionales.

—Pero, señor. ¿á qué me meten á mi en esas cosas, si yo no entiendo una palabra de ahóbolos, ni conozco á ninguno de esos señores?

—¿No conoces tú los hombres honrados de tu pais? ¿No conoces....

—Sí, señor, sí. El conde de la Umbria, el marqués de la Solana....

—¡Siempre condes! ¡Siempre títulos! No, Liberto. No es necesario que recurras para el desempeño de estos cargos á la aristocrácia titulada. Hay

efectivamente titulos ilustrados, honrados y amantes de su pais; pero estas prendas no son patrimonio exclusivo de ellos, ni están unidas como parte integrante de sus pergaminos y ejecutorias. Estas prendas las hallarás igua'mente en todas las clases de la sociedad, porque en todas ellas abundan las virtudes cívicas, por mas que se empeñen en hacernos creer lo contrario los enemigos de nuestros adelantos y engrandecimientos.

—Ya tengo escojido uno, mi amo. Periquito, el herrero, que es uno de los que mas han gritao y de los que mas ruido han metío.

—Guárdate, Liberto. de esos hombres que todo se les vuelve gritar y alborotar. Siempre se ha dicho que *perro ladrador....*

—Pues entonces mi compadre Martín, que tiene unas ganas de ser del Ayuntamiento....

—Lo mismo te digo de esos. No siempre hay buena fé en los que andan á caza de votos, comprometiendo á los electores y haciéndoles miles ofrecimientos, que las mas veces no cumplen. Los buenos patricios no necesitan recomendarse, ni pordiosear el sufragio. El candidato no debe decir nunca *tenga V. confianza en mí*. El elector la tendrá ó no, segun el concepto que de él tenga formado.

—Pues entonces, quiere decir que V. me alumbrará....

—¿Yo? ¡Díos me libre! No, Liberto: tú no debes pedir para esto consejo, ni escuchar las sujestiones de nadie. Debes atenerte á tu conciencia: á la repu-

tacion que cada cual te merezca; al juicio que tengas formado de cada uno de tus vecinos. Examinate á ti mismo, y di:—*Si yo fuera millonario, y tuviera que entregar mi caudal á treinta vecinos de Córdoba, para que me lo administrasen, ¿á quiénes escojería?* Esos deben ser tus candidatos: hombres probos, honrados, modelos de virtudes, y de buenos antecedentes políticos: benéficos, amantes de su patria, y que jamás se hayan manchado con acciones infamantes. Búscalos, Liberto, que tú los encontrarás; y cuando los hayas encontrado, concédeles tu confianza, véntalos, y di con orgullo:—He contribuido, en lo que la ley me permite, á hacer la felicidad de mi patria.

—Nostramo, ajústeme V. la cuenta.

— Hombre, lugar habrá. Para una libra de patatas y un cuarteron de arroz que habrás traído....

— ¡Cá! ¡No señor! Si no es esa la cuenta que yo pido.

— ¿Pues qué cuenta es esa, Liberto?

— La cuenta de.... como si dijéramos la licencia absoluta: la de.... otro talla: la de.... por fin, señor, que me largo: que yo no quiero servir mas.

— ¿Estás loco, Liberto? ¡Tú abandonarme! ¡Tú, que tanto decias quererme!

— Si señor, es verdad; y le quiero á V.; pero como ya somos todos iguales, y como decia el otro.... ¿Estaaaamos? X como ya somos todos iguales.... y ya no tenemos necesidad de servirnos los unos á los otros.... y mañana.... ¿quién sabe si mañana tendrá V. que servirme á mí....?

— Posible es, hombre: porque la fortuna es una rueda....

— ¡Qué! ¡No señor! La fortuna es una revolucion.

— ¡Una revolucion! Tú estás loco, Liberto

— Algo creo que he de tener de eso señor: y con razon. ¿Quién es el que no se vuelve loco al ver que se le entra por las puertas un foriunon tan grande....

— Pero, ¡demonio! ¿Te ha caído la lotería?

— Y sin jugar, mi amo, que es lo mejor.

— ¿El premio grande quizás?

— ¡Cá, señor! Ya no hay premios grandes ni chicos. Todos somos iguales.

— ¡Gracioso sería que todos los jugadores satiesen premiados....

— Pues eso precisamente es lo que ha sucedido,

— Vaya, vaya. Anda con Dios, y no me quemes la sangre.

— Así que me ajuste V. la cuenta.

— Conque insistes en dejarme.

— Pues ya lo creo. Como que tengo que cuidar de lo mio.

— ¿Pero qué es lo tuyo?

— ¡Nada! ¡No es cosa! Cinco mil duros y cuatro fanegas de tierra, y quiza, quizá una casita.

— ¿Hablas de veras, Liberto?

— ¡Que si hablo! ¿Pues ha visto V. algun republicano que no sea formal?

— ¿Pero tú eres republicano?

— Toma: ya lo creo. Pues si no, por donde me habia de haber venido a mí el ser rico y propietario.

— Vamos: no te entiendo.

— Pues est. V. hoy muy torpe, mi amo. Estos cinco mil duros y estas cuatro fanegas de tierra es lo que nos corresponde á cada uno en el reparto.

— ¡Liberto!

— Si, señor, nostramo. Yo soy socialista y comunista, y republicano, y fueralista y borbónico, y...

— ¡Cómo borbónico!

—Es verdad, nostramo: ¡borbónico créo que es una de las cosas que me han dicho que no soy. Eso, eso es: borbónico y otra cosa que no me acuerdo.

—Y dime: ¿Sabes tú lo que es la república, el federalismo, el socialismo, y todo lo demás que has dicho?

—Algunas de esas cosas, señor, no las entiendo muy bien; pero, según a mí me ha enterado un compadre mío, que entiende mucho de eso... ¡como que fué de la policía! el socialismo es como echar jabas de un costal que está lleno en otro que está vacío, hasta que se queden los dos iguales. Y vea V. aquí por qué me han tocado a mí cuatro fanegas y cinco mil duros de jabas.

—Déjate de tonterías, Liberto. Ese socialismo, ese comunismo es un engaño. Es necesario respetar la propiedad, y á nadie se le puede despojar de lo que posee legítimamente. ¿Consentirías tú que te quitasen un cortijo que hubieses comprado con tu dinero ó heredado de tus padres?

—Toma, eso es otra cosa.

—¡Como otra cosa! ¿Pues y la igualdad?

—Pues á eso es á lo que vamos: á que nos quedemos todos iguales.

—Esos son sueños, que pronuncia la mala fé de unos y acoje la ignorancia de otros. Ten una poca de paciencia y espera; que acaso no tarde el Gobierno en establecer una cosa muy justa y muy equitativa que tenga alguna analogía con el socialismo y te haga propietario.

—¿De veras: mi amo? Pues entonces yo soy de esos. A ver: cuénteme V., cuénteme V.

—Oye: En España, donde tantos abusos se han cometido siempre, y donde el rico ha abusado del pobre, y el pobre ha sido víctima del rico, hay una inmensidad de fincas, tanto rús-

ticadas, como urbanas, que se poseen indebidamente: infinidad de terrenos de los cuales no hay títulos de propiedad, porque no puede haberlos, porque son usurpaciones hechas á particulares, á los propios ó al Estado. El Gobierno, que se encuentra con pocos recursos y grandes atenciones que cubrir, no dejará seguramente sin explotar este recurso, que á la vez que le proporcione cuantiosas riquezas, envuelve también un acto de justicia.

—No entiendo eso muy bien, nostramo.

—Mira, el Gobierno deberá publicar una ley en que disponga que todo propietario exhiba ante autoridad competente la titulación de cuanto posee. El que la presente, quedará dueño de lo que le pertenece; el que no la presente perderá lo que posee indebidamente, y pasará á poder del Gobierno. Y como éste no puede ser propietario, ni labrador, ni inquilino, venderá en pequeñas porciones cuantos bienes hayan entrado por este medio en su poder.

—Y tendremos la misma dificultad en pié; porque los pobres que no tenemos cincuenta duros para comprar una fanega de tierra.....

—No; porque á los pobres que no tengan cincuenta duros para comprar una fanega de tierra, se les vendería esta misma fanega á censo; y por un pequeño cánon de cuarenta ó cincuenta reales al año conseguirían tener la posesión de un terreno, del cual nadie les podría despojar, mientras siguiesen pagando su cánon.

—Y dígame V., nostramo, ¿ese cánon lo hemos de estar pagando todos los años, *per secula sin fin*?

—Creo que no sería eso justo tampoco. Me parece que trascurridos veinte ó veinticinco años, cuando mas, debería extinguirse esa carga y dejar libre la finca.

—Me parece bien.. Me parece bien..
Me parece bien....

Viuda de aspecto monjil,
mojigata con careta,
Magdalena de.... te veo,
con puntas de zalamera.
¡Conque tambien tu te ocupas
de las firmas y protestas!
¡Conque tambien con tus mieles
engatusas á las viejas
para que firmen pidiendo
unas cuantas bagatelas!
¡Ah pícara zancajosa!
Lárguese la rapazuela,
y en vez de andar de ese modo
por calles y por plazuelas,
cosa y remiende su sayo
y haga puntos de calceta.

¡Habrás visto la bruja!
¿Quién la habrá metido á ella
en camisa de once varas
y en echarla de plancheta?
Como te vuelva yo á ver
ir así de puerta en puerta,
te juro que va tu nombre
á salir de la vergüenza,
y se va á saber en Córdoba
quien es Maruja Callejas.

Dicen que corren en Cádiz
muchas libras esterlinas:
en cambio corren por Francia
muchas mas Isabelinas.

En el teatro de *los bufos* está llaman-
do mucho la atencion *El General*
bum-bum. Está visto *Los Generales*
bum-bum son personajes de gran impor-
tancia para *los bufos*.

Se salvó el pais. Ya ha llegado á
esta capital Picó, el célebre valenciano
de los ricos turrónes. Aquí de los afi-
cionados.

—¿Cuánto vale esta cajetilla de ta-
baco?

—Un real.

—¡Cómo un real! ¡Cómo se atreve
V. á pronunciar palabras tan subver-
sivas! ¡Si nos habremos pronunciado
para esto!

—No se enfade V., señor; digo que
vale un nacional.

—¡Cómo un nacional! ¡Desvergon-
zado! ¿Pues qué, no valgo yo na da mas
que una cajetil'a de tabaco?

—Usted perdone, señor: no lo he
dicho yo por tanto. Vale ocho cuartos
y medio.

—¡Cómo ocho cuartos y medio!
¿No sabe V. que está mandado que las
ventas se hagan por el sistema mo-
derno?

—Es verdad, señor, dispénsese V.
y págume el diezmo de un escudo...

—¡Cómo el que le pague el diezmo!
¡Pícaro retrógado! ¿Pues qué, se figura
V. que aun estamos en la época en que
se pagaban diezmos?

—No aludía á eso precisamente, se-
ñor. Puede darme, si gusta, cien milé-
simas de escudo...

—¡Cómo cien milésimas! ¡Ah la-
dron! ¡Conque nada menos que *cien mi-
lésimas* por una mala cajetilla! Voy aho-
ra mismo á dar cuenta, y lo he de po-
ner en presidio. ¡Cien milésimas!!

—Señor ¿no buscaba V. un admi-
nistrador?

—Sí.

—Pues ya lo tiene V.: y que ni bus-
cado con un candil.

—¿Y quién es?

—Aquí lo tiene V. de cuerpo pre-
sente.

—¡Tú, Liberto!

—El mismo, señor, que mejorando
lo presente, pocos encontrará mas dis-
puestos, ni mas...

—Hombre no seas estúpido. ¡Te
crees tu capaz...

— Si, señor. ¿Y por qué no?

— ¡Lo que ciega el amor propio, Libertó! ¿Qué confianza podré tener en tí, para el desempeño de un cargo como ese, cuando al cabo de tantos años como llevas en Córdoba aun no has aprendido el nombre de las calles, ni los puntos mas principales de la poblacion? ¿Administrador tú, cuando te se olvida hasta tu nombre, y, si Dios no te favorece, creo que vas á parar en una casa de locos?

— ¡Toma! Algun defecto habia de tener. Si no fuera por eso, seria yo á estas horas Arzobispo ó Comandante general.

Cádiz.

Los asuntos de Cádiz nos preocupan y nos tienen llenos de justo sentimiento. No sabemos, ni necesitamos saber cuál es la causa de tantos desastres. Se ha derramado sangre española y esto nos basta para deplorar el hecho y maldecir la causa, venga de donde venga.

La situacion actual de Cádiz no podrá ser duradera, y sea cualquiera su término y su solucion, el resultado será uno: pérdidas para España, luto, lágrimas y desolacion. Si vence el gobierno, aun cuando lleve su perdon hasta el punto mas alto, no podrá devolver la vida á tantos infelices como han perecido en tan tenáz y encarnizada lucha. Si vencen los sublevados no podrán reparar los daños y perjuicios que se han inferido á la propiedad, al comercio y á tantos y tantos edificios, hoy montones de rojizas ruinas y ayer bello adorno de la perla del Océano. ¡Cuántos padres, cuántas esposas, cuántos hijos vestirán luto, y quedarán desamparados, por la ceguedad de algunos hombres, que posible sera que hayan servido de instrumento á ambiciones extranjeras! ¿Y por qué no lo hemos de creer así? No se di-

ce de público que en aquella plaza corren hoy mas que nunca las libras esterlinas de los ingleses? ¿No se dice de público que son muchos los Norte-americanos que se encuentran entre los sublevados? ¿No nos dice la historia que son muchas las tentativas hechas en todos tiempos por los extranjeros para despojarnos de tan hermosa é importante joya? ¿No fué saqueada en 1596 por los ingleses? ¿No intentaron lo mismo en 1626 y en 1772? ¿No fué bombardeada por los hijos de Albion en 1797? ¿No volvieron con el mismo propósito en 1800? ¿No sufrió ataques terribles en 1808 y 1810 por los hijos de S. Luis? ¿Pues por qué nos hemos de admirar, y por qué no hemos de sospechar que tambien una mano bastarda y extranjera haya encendido ahora en Cádiz la tea de la discordia y pásese por sus calles la fatidica enseña de la rebelion? Si nuestras sospechas fuesen fundadas; si un enemigo de nuestra infortunada España hubiese sido el motor de ello; ¡que la maldicion del cielo caiga sobre él, como caerá la de todo buen español!

Lo repetimos: no queremos saber quién tiene la culpa de cuanto ha ocurrido en Cádiz. Nos basta saber que se ha derramado en su recinto la hermosa sangre española, para que deploramos tales sucesos y los sintamos con todo nuestro corazón.

Charada.

Una N es mi primera,
ó si quieres una F:
La segunda es una E,
si es que ni musa no miente:
y la tercera una O
redonda si te conviene.
El todo es un animal,
que pica, que araña y muerde,
sin que lo sienta la tierra

ni se alborote la gente;
y ofrezco regalar uno
al sábio que me lo acierte.

—Compadre, malo está ya ese para-
aguas.

—Verdad es, compadre; pero ha de
saber V. que este no lo uso mas que
cuando llueve mucho.

Aleluyas.

Libre España, feliz é independiente
se encontró una mañana de repente.

Abajo los Borbones, gritó fiero,
unánime y compacto el pueblo Ibero.

Reuniéronse en el puerto Gaditano
Topete, Prim y el General Serrano.

Novaliches lo supo, y diligente
á las Ventas se vino con su gente.

Una bala le hizo dar la treta,
llevándole las muelas y la jeta.

Venció Serrano la sangrienta lid,
siguiendo su camino hácia Madrid.

Del Gobierno se encarga presuroso
en la villa del árbol y del oso.

Escoje por comparsas otros seis,
que milagros harán; ya lo vereis.

El gobierno provisional ha determi-
nado que los inspectores facultativos
estén *adornados* de todos los *requisitos*,
condiciones y *circunstancias*.... ¡Ay
qué cucos van á estar los inspectores
con tanto adornol Póngales V. un ba-
bero para que no se manchen.

El Gobierno provisional ha encon-
trado por fin el movimiento continuo.
¿En dónde creerán ustedes? En los Go-
bernadores; si señor, en los Goberna-

dores. Los Gobernadores de hoy duran
menos que lo que se gasta en co-
merse un bigo chumbo. Si fueran relo-
jes, no salían nunca de casa del reloje-
ro. ¡Válgame Dios, y qué pronto se des-
gobiernan los gobernadores!

El Papa se estralimita. El Papa no
debe hacer mas que lo que Dios manda.
Dios manda que no se mate, y el Papa
mata. ¡Propongo un voto de censura
contra el Papa!

Dice un suscritor al periódico *El
Sufragio Universal*, que no ha leído la
verdad hasta que no la ha leído en dicho
periódico. Damos las gracias á dicho
suscritor, en nombre de los demás pe-
riódicos.

—¿Qué se dice por ahí?

—Compadre, traigo la gorda...

—A ver, hombre: lárguela V.

—Es que esta no se puede deposi-
tar en cualquier parte.

—Vamos, hombre, que no será tan
gorda como otras que yo conozco y se
colocan donde les dá la gana: hasta en
el café del Recreo.

—Pues oiga V. al oído... Montpen-
sier vá á Madrid.

—¿Y era esa la gorda?

—Ya lo creo: pues qué ¿le parece á
V. delgada?

—Es que ni gorda ni delgada; por-
que eso es mentira.

—¡Compadre! ¡Cómo mentira! Mire
V. que lo he visto yo con estos ojos que
no me dejarán mentir. Yo lo vi en la
estacion el Jueves por la tarde.

—Si yo no digo que es mentira que
ha pasado; sino que es mentira que
vaya á Madrid.

—Pues mire V., compadre, á mi
me escama el verlo por nuestra tierra;
porque cuando ese hombre viene, por
algo vendrá.

—Ya lo creo que viene por algo; pero no por lo que V. se figura.

—Pues, entonces ¿por qué viene?

—Es un secreto, y se lo diré á V. en confianza. Viene á hacer un gran negocio.

—Ea. Pues ahí lo tiene V. Ese gran negocio es el que á mí me escama.

—Pero, hombre: si no es el negocio que V. se figura.

—Pues, compadre, acabe V. por las once mil vírgenes: mire V. que estoy con el alma en un hilo.

—Allá vá, compadre: Montpensier, aunque vá para Madrid, no pasa de Manzanares.

—¡Compadre! ¿Qué está usted diciendo?

—¿Nos irá á largar desde Manzanares otra proclama como la del año cincuenta y cuatro?

—No señor, hombre: no señor. Montpensier vá á Manzanares á hacer una contrata de gorras manchegas... ¿Estaaaamos?

—Ya estamos, compadre, y... Te veo de venir.

El periódico *El Puente de Alcolea* dice que Marfori ha desbancado al Papa. ¡Qué me cuenta V.! ¡Con que el Papa se entretiene también en verlas venir! ¡Habrà tronera!

Dicen que Napoleon
ha pegado un resbalon:
otro pegó el otro dia,
¡Válgame Santa Maria!
Mucho ojo, hermano Luis,
que está la cosa en un tris.
Quien cae una, dos y tres
cojo es.

Me han dicho que los neos
no tienen cura:
siempre mal incurable
fué la locura.
Pero es muy cierto

que al loco con la vara
se le hace cuerdo.

Un periódico de Madrid dirige á las señoras españolas una alocucion, que principia asi: *Super flumina Babilonis*. ¡Qué barbaridad! ¿Se habrá cumplido al fin el pronóstico de San Vicente Ferrer?

El Domingo se puso en escena en el teatro del Recreo, por cuarta ó quinta vez, el juguete lírico-dramático *Revista de Córdoba*, que siempre es escuchado con gusto por el público, por las bellezas que contiene, tanto el libreto del Sr Chicote, como la música del señor Huguet. Damos nuestra mas cordial enhorabuena á tan entendidos y laboriosos autores.

Se dice que un *Junco* ha sido el que ha dirigido la revolucion de Cádiz. Pues si eso ha hecho un *Junco*, ¿qué hubiera hecho un leño? ¡Ayúdeme V. á sentir!

Interior.

Diz que en el puerto de Cádiz buscando la zaragata se encuentran las nueve Musas disfrazadas de *fragatas*.

Esterior.

Isabel sigue en Paris con toda su parentela, y para vivir se ocupan cada cual á su manera. Isabel es hoy corista en teatro de zarzuela:
D.^a Paca, comadron;
Patrocinio, cigarrera;
Marfori, mozo de carga,
Y Gonzalez, saca muelas.

CÓRDOBA:—1869.

Imprenta del *Diario*.